

F. S. DEL SOLAR

acelerante



ká.lei
editora

Acelerante
F. S. del Solar

Primera edición: Kálei Editora.

© Kálei Editora, 2020

Edición a cargo de:

Alejandra Zúñiga C.

Ilustraciones de tapa:

Rodrigo Miranda G.

Diseño y diagramación:

Felipe Aichele M.

Presente edición: noviembre 2020

ISBN: 978-956-09572-1-4

Kálei Editora
Morandé 835 oficina 518
Compañía 2870
Santiago
www.kalei.cl

Agradecemos a Mario Varas A. por su imprescindible apoyo y colaboración.

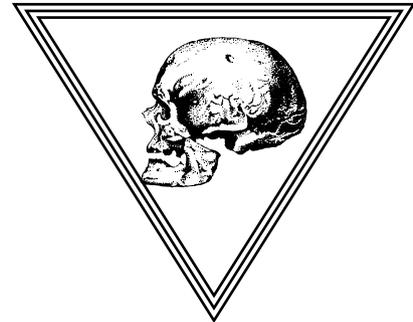
Hecho en Chile

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

F. S. DEL SOLAR

acelerante

SERIE



CRIMINAL

kálei
editora

Me tomó tres años escribir esta novela. Los sentimientos y propósitos que le dieron origen no son los mismos que aquellos que, finalmente, la conforman y permanecen en sus páginas. Es, en esencia, un relato criminal, y en ese sentido creo, y siempre creí, debía ser antipolicial. He intentado en sus párrafos abordar el fenómeno de la maldad y su falta de sentido: tanto la maldad incidental, aquella que lleva a un hombre a cometer un crimen, inútil o abrupto; como también aquella maldad profunda y abisal, siempre amenazante, que se hereda y emparenta con la historia de nuestros pueblos. Usé el *Jolly Roger* que izaban los piratas como inspiración, como portal, como ley y como norte; pues pienso que todos los hombres somos parte de una tripulación endemoniada navegando en mares incógnitos y porque, finalmente, vivimos en la versión pirateada de otro mundo original mucho mejor.

F. S. del Solar



«Pues voy a decirte: lo que no he visto nunca es que venga nada bueno de hacer bien. Pegar el primero es lo que a mí me gusta; los muertos no muerden; esa es mi opinión, amén, y así sea».

Robert L. Stevenson - *La isla del tesoro*



La marea



Una hora más tarde, el área alrededor del cadáver ya estaba acordonada. Había carabineros y policías yendo de un lado a otro. También una lancha de la guardia marina. Equipo forense.

La luz de una baliza cegó el rabillo del ojo de Cohen. Se subió el cuello de la chaqueta y metió las manos en los bolsillos. Acababa de amanecer y le parecía que el sol no iba a calentar lo suficiente.

—¿Te sientes bien? —dijo Rossi.

—¿Cómo va?

—¿Qué crees?

—No sabría decirte.

—Hay que aguantarse no más.

Había conocido al detective a propósito de un caso de prostitución infantil al interior de una red de locales nocturnos. Cohen lo buscó por información y Rossi le aflojó material para escribir entre comillas. Después coincidieron en una investigación por narcotráfico y, más tarde, en otra por homicidio. Entonces pasaron de las rondas de preguntas a los tragos después del trabajo; de los datos oficiales a las infidencias. Pasaron de hablar sobre robos con intimidación a debatir sobre mujeres.

El detective se apoyó en la baranda de metal corroído del muelle. La placa colgando del cuello.

—¿La conocías?

—Solo vi el cuerpo flotando.

—¿Nada más?

Cohen negó con la cabeza y se acercó también a la baranda. Las aguas del océano lucían viscosas. Verdes o cafés o algo parecido. Rossi se llenó la boca con aire.

—¿Sabías que no tiene cara? —dijo en voz baja.

—¿Cómo?

—Es solo un pedacero de piel.

—¿Se la cortaron?

—No tengo idea con qué lo hicieron.

Cohen frunció el ceño, pero no dijo nada. Rossi le puso una mano en el hombro y, luego de darle un tímido apretón, regresó con el resto de los detectives. Pasó por debajo de la cinta que acordonaba el pedregal de la ribera donde yacía el cuerpo. Los patólogos forenses tomaban muestras vestidos con sus trajes de bioseguridad.

Apuntar: chequeo de temperatura rectal.

Apuntar: señales de agresión en la zona perianal.

Una cortina de plástico resguardaba el procedimiento. Cohen se quedó parpadeando y pensando. Tal vez fuera mejor apartarse y hacer notas mentales para una crónica y volver pronto a su razonable universo calculado en centímetros/columnas. Esa era una decisión atinada. Lo hubiera hecho de haber podido moverse, de haber logrado sacarse el corazón o cortarse la cabeza.



El día pasó rápido. Cohen hizo llamadas. Marcó el número de Hasbún y le dijo que no iría a trabajar. «Avisale a César. Lo llamé varias veces y el teléfono estaba ocupado», aseguró. Luego hizo un dictado a la rápida de los detalles sobre el caso que creyó relevantes. Y agregó: «Encárgate de mi crónica por hoy. Hazme ese favor».

Al rato, recibió llamadas de vuelta. Compañeros. Buenos periodistas. Querían saber cosas. Sobre él, sobre el cadáver. Después del tercer interrogatorio decidió desconectarse. Apagó su teléfono celular y descolgó el otro de red fija que había en el departamento. Se sirvió un té con aroma a mango y fue a la terraza. Miraba el estero y, más allá, el mar protegido por una débil represa de arena sucia. El casino Enjoy. Las palmeras que aparecían en todas las postales de la ciudad. El reflejo de las nubes con sus vientres dorados distorsionado en las ventanas de los edificios vecinos.

Eso era todo el mundo visible desde aquella torre. Tamara había heredado ese departamento por la gracia de ser la única nieta de un anciano con alzheimer. Un viejo italiano con una fertilidad débil. Sin saber cómo, había convertido ese lugar en una analogía de todo lo que ella era. Algo simple, práctico y más o menos bien distribuido. Sin fugas de temperatura. Con un buen aislante para los ruidos de la calle. Casi impermeable.

En el tiempo que llevaban juntos, Cohen la había ayudado a darle un poco de vida a todo eso. La mitad de los electrodomésticos los había pagado él. Con sus tarjetas. El refrigerador, la televisión grande de la sala y la televisión chica del dormitorio. Tenía sus dudas con la aspiradora, pero eso a ninguno de los dos le importaba demasiado.

Entró al comedor y cerró el ventanal. La mesa del desayuno aún estaba servida. Había una caja de leche. Pan del día anterior. Una mosca paseando por el filo dentado de un cuchillo con mermelada de durazno. No tenía deseos de limpiar y mucho menos de lavar los platos. Fue a la habitación. La persiana estaba recogida. Las sábanas de la cama en desorden. Se tendió allí y encendió la televisión chica. Probó opciones por un rato. Un rato largo. Al fin cayó atrapado por un documental sobre

epidemias. Las escenas mostraban una carnicería. Ejecuciones. Muertes masivas y desesperadas. No era una masacre de seres humanos. No era como eso. Se trataba de cerdos, un montón de cerdos en un montón de camiones militares. Los camiones descargaban toneladas de cerdos vivos en fosas del tamaño de un cráter lunar. No todos los animales estaban enfermos, pero eso era irrelevante. Nadie iba a quejarse. Los cerdos caían apiñados y morían con los huesos rotos bajo el peso de la carne sacrificada para evitar una tragedia de escalas apocalípticas.

Los cerdos no chillaban.

Cohen había bajado el volumen del audio. No le interesaba oír nada sobre la fiebre hemorrágica o el machupo o la gripe aviaria, fuera lo que fuera. No veía la diferencia. Jamás la vería.

Un minuto después apagó la televisión. La luz del atardecer era muy similar a la luz de la madrugada. Dejó caer los párpados, a ver si ya se quedaba dormido. Sabía que no necesitaba soñar. Todo estaba ahí, aún fresco, flotando, en la oscura densidad marina. Un montón de papeles. Una botella plástica de Orange Crush y otra de Coppertone. Espuma color excremento. Y esa mujer, boca abajo. Desnuda a partir de la cintura. Perdida en la marea como una muñeca inflable improvisada como salvavidas.

Abrió los ojos otra vez. Reaccionó solo cuando Tamara entró al dormitorio. Ella lo miró y lanzó la cartera a los pies de la cama. Se quitó la chaqueta del uniforme de la empresa de seguros en la que trabajaba de lunes a viernes. Era una chaqueta verde pistacho, al igual que la falda. Se recostó con él, lo besó y le hizo cariño. Cohen la vio parpadear. Tan cerca que tuvo que juntar los ojos para convertirla en algo nítido.

—¿Cómo te fue?

—Bien. Hoy día, al menos, amarré a dos clientes.

—Qué bueno.

—¿Y tú, tan temprano que llegaste?

—Sí.

—¿Pasaste al súper?

—Se me olvidó.

—Ya me lo imaginaba. Te llamé para acordarte pero tenías el teléfono apagado.

—Sí.

Tamara frunció los labios. Se sentó en la cama. Los zapatos de taco cayeron al suelo. Lo miró con la cara chueca.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Ella no cambió de parecer.

—A ver, mírame.

Cohen le hizo caso. No estaba seguro de contarle acerca del hallazgo en el muelle. Pero pronto se dio cuenta que no lograría hacerla a un lado.

—Encontré un cuerpo —dijo—. Encontré el cadáver de una mujer.

2

Tito se esforzaba por exprimir algo de dramatismo al cajero automático. Se agachaba y torcía el pescuezo, buscando un buen plano. Llevaba su chaquetilla sin mangas con los bolsillos llenos de rollos fotográficos, eso lo hacía ver aún más obeso. El cajero estaba destripado y tumbado en el suelo. Los cables retorcidos y la pantalla trizada. Un cuadro de pornografía robótica. El desenlace de una película sucia filmada con cámaras de seguridad.

Junto a Tito había otro periodista. Un colega de la competencia. Un reportero de otro diario pero con el mismo dueño que el diario donde él trabajaba. Y las mismas ideas y el mismo sistema de trabajo y casi los mismos clientes. El colega hacía preguntas a un oficial de Carabineros. Buscaba respuestas y presunciones en las palabras de un empleado del banco. Cohen estaba consciente de que debía seguir su buen ejemplo, pero no quiso bajar de la camioneta. Lo único útil que hizo en todo ese rato fue tomar su libretita y revisar sus apuntes sobre el caso de la mujer del muelle.

Muerte.

Sumersión.

Golpes.

Mujer.

Nada insólito. Nada que no se haya oído antes. Una víctima de género femenino asesinada de manera violenta. Pasa aquí y en otros lados.

Jerécuaro, México.

Tacna, Perú.

Pasa en Chillán. Pasa en Alto Hospicio.

Un cuerpo descubierto de modo accidental. Sucede de muchas maneras inesperadas.

Bajo kilos de tierra en el patio de una casa.

En la orilla de lodo de un canal de regadío.

Con un disparo en la nuca y envuelto en trapos.

La única diferencia es que ahora había ocurrido ahí mismo, en esa ciudad. Y esta vez el hallazgo lo había realizado él. Un cuerpo abandonado. No tenía calzones y no tenía rostro. Tal vez usaba tinte rubio para el cabello.

Eso era así como una idea fija. Eso era así porque él lo memorizó.

Dos golpecitos en la ventana lo hicieron volver a la actualidad. Cohen miró y se enrostró con el reportero de la competencia, que estaba del otro lado del vidrio. Intentó recordar su nombre, pero no lo consiguió. Abrió la ventanilla.

—Parece que fueron dos hueones prófugos —dijo el periodista y pasó la mano hacia adentro de la cabina. Cohen la estrechó.

—¿Quiénes?

—Los que robaron el cajero.

—Me lo imaginé.

—¿No estás reportando?

Cohen negó con la cabeza. El colega se quedó de pie con la grabadora y su propia libretita en la mano. Sonrió, distraído y algo impaciente.

—Y tú, ¿cómo estás? —dijo.

Cohen puso cara de poca cosa.

—Bien.

—Entiendo que fuiste tú quien encontró el cadáver del otro día.

—Sí.

—Fuiste tú.

—Sí.

—Era una mujer joven ¿cierto?

—¿Qué quieres?

—¿Puedes contarme algo?

—No.

—Solo para una cuña.

—No voy hablar de eso.

—Te entiendo. Está muy raro, parece.

—Eh.

—¿Tienes alguna prohibición?

Cohen comenzó a subir la ventanilla. El periodista sintió que debía apresurarse y lanzó otras dos preguntas al aire, esperando a

que lograran colarse dentro del vehículo. Cohen las enmudeció encendiendo la radio. Pescó lo primero que había en el dial: «Dancing Queen» de Abba. Subió todo el volumen.

Tito había terminado con su trabajo y miró hacia la camioneta, sujetando su cámara con el ceño fruncido.



Rossi transitaba por una de sus fases naturistas. Era cíclico. Cada siete meses se obsesionaba con la idea de limpiar su organismo. Leía recetarios homeópatas y, a la hora de comer, ensayaba sus propias mezclas de verduras y frutas. Y algo de carne blanca. Muy poco, pero algo. Ahora tenía en su plato dos hojas de lechuga sin picar. Ensalada de tomates, una tortilla de papas y carne de soya. Hidratos de carbono y grandes concentraciones de aminoácidos. Cohen lo estudió mientras le echaba sal a todo eso. El detective se veía alegre y distendido. Guiñó un ojo y asintió. Los labios aceitosos.

—Ya se le va a pasar —dijo.

—Sí, lo sé, pero es primera vez que la oigo tan nerviosa.

Rossi lo consideró con un movimiento de cejas. Hablaban de Tamara, de la conversación que sostuvo con Cohen la noche anterior. Ella había digerido el asunto del cadáver con un poco menos de apatía que de costumbre. Sorprendida por la obligación de brindar algún tipo de consuelo práctico que alejara de su corazón cualquier síntoma depresivo. Indicios de una probable fractura mental que pusiera patas arriba las expectativas que había fundado sobre su relación.

Eso era muy de ella.

Tamara era del tipo de personas que decía «ya pasó».

Tamara era del tipo de personas que prefería «dar vuelta la página».

Siempre. Con honestidad pura y sin ninguna clase de perversidad. Y en esta oportunidad había sido leal a su línea. No obstante, fue más lejos y agregó un montón de consejos que en otras circunstancias de seguro hubiera callado, como que intentara buscarse un trabajo en el departamento de comunicaciones de alguna empresa o haciendo clases en una universidad. Cualquier cosa así hubiera estado bien. Lo importante es que él se olvidara de ese cadáver lo antes posible, que lo sacara de su cabeza porque esa mujer ya estaba muerta y nada iba a cambiar las cosas.

—Yo que tú no le habría contado, no tiene sentido —dijo Rossi luego de haber estado meditando largamente.

—No quería mentirle. Y la verdad es que tampoco estoy seguro de si me importa lo que ella sienta. No me preguntes por qué, pero es la verdad. Además, siempre se da cuenta cuando le estoy mintiendo.

—¿Ella sabe cuando le mientes?

—Sí.

El detective tomó su botella de agua mineral y la examinó, pero no se la llevó a la boca. La dejó otra vez sobre la mesa.

—Hasta el momento no conozco a nadie con esa capacidad —dijo.

—¿De saber cuando alguien miente?

—Eh.

—No me parece tan extraño.

—Pero lo es. Otra cosa es que haya un montón de hueones que creen que nunca les van a meter el dedo en la boca. Y adivina qué es lo que pasa.

Estaban sentados en el mesón junto a la pared de un pequeño restaurante, cerca de la Plaza Cívica. Cohen no tenía hambre, solo se acompañaba de un jugo de naranja que apenas había

tocado. Miraba hacia afuera a través de la estrecha puerta de vidrio, por entre unos autoadhesivos de Visa y Sodexo. Rossi tomó agua por fin y lo apuntó con el tenedor.

—Supongo que quieres saber cómo va.

—Solo dime qué tienes.

—Nada todavía. Los resultados de la autopsia ya están, pero quiero echarles otra mirada. Tal vez esta noche, pero mañana es más seguro que te tenga algo.

—¿No la pudieron identificar?

—No que yo sepa.

—¿Y qué hay de los objetos recuperados?

—No se pudo determinar si eran de ella.

—O sea que no tienen nada concreto.

Rossi negó con la cabeza y trituró un trozo de tomate dentro de su boca. Cohen se acodó en la mesa.

—¿Y qué crees tú?

—Yo creo que hay que esperar un poco más.

—¿A qué?

—Hay que revisar otra vez la lista de hueones desaparecidos. Verificar las fichas. Volver a leer las declaraciones de testigos.

—¿Y ni siquiera un sospechoso?

—Es mejor andar con cuidado. Lento lento. Siempre que apunto a alguien con el dedo sin estar seguro, termino con el dedo metido en la raja. No es hueveo. Tengo mal ojo para eso. Por ahora, con lo que hay, tendríamos que investigar a todas las personas que tengan acceso o que trabajen a bordo de una motonave y que hayan estado en esa zona durante la noche, digamos, entre ayer y, más o menos, veinticuatro horas antes. Piensa: pescadores, el personal de algún buque factoría, miembros del Club de Yates, los hueones que hacen paseos en lancha, los turistas y el personal del Queen Mary II...

—Hueveo.

—Hueveo.

Cohen dejó que la claridad blanca del exterior le fatigara la vista. Cuando miraba el rostro del detective solo veía manchones aleatorios de luz en negativo. Rossi dejó el tenedor apoyado en la orilla del plato.

—¿Te dije cómo estaba?

—Sí, me lo dijiste...

—Te lo dije, ¿cierto?

—Sí.

El detective terminó de masticar su comida y se quedó pensando con los ojos fijos más allá de su nariz. Los dedos entrelazados sobre el plato.

—Esa mina tuvo que haber hecho una cagada muy grande, muy, muy grande, porque no la habrían matado así por cualquier cosa.

—¿Narco?

—Si no es eso, es alguna otra cuestión peor.

—¿Cómo qué?

—No sé. Te estoy diciendo lo que pienso, nada más.

—¿Encontraron ovoides o algo así dentro del cuerpo?

—No.

—¿Con qué la mataron?

—No te voy a decir.

—¿Por qué?

—Espérame hasta mañana.

—Okey.

—Si dependiera de mí, te juro que preferiría que no tuviera familiares, que esté sola y huérfana y sin un perro que le ladre.

Cohen tenía la vista puesta en el detective, pero en verdad no lo estaba mirando. Se sintió raro. Como un estúpido. Tan

estúpido que no podía enfocar sus ideas. Tan estúpido que solo abrió la boca, pero no pronunció ninguna palabra.



No es fácil buscar un rostro que no se conoce, ni siquiera es fácil hacerse una idea definitiva. No hay garantía de autenticidad.

¿Qué tal si solo se trata del recuerdo subliminal de una persona que se cruzó en la fila del banco?

¿La mujer que viajaba en el asiento contiguo del microbús?

¿La muchacha que traía la cuenta del almuerzo?

Podría ser cualquiera de ellas. Podría ser cualquier otra.

Cohen se quedó observando el rostro de la mujer en la pantalla del computador.

Margarita Luisa Montes Ceballos. 49 años. Casada. Insulinodependiente. Desaparecida hace nueve meses.

No lucía como la mujer del muelle.

Descartada.

La sala de redacción estaba iluminada por sectores. Algunos tubos fluorescentes prendidos y otros apagados. Ya casi era de madrugada.

La mayoría de sus compañeros se había marchado. Solo quedaban Teresa, la muchacha sin tetas de la sección internacional, y Sergio Rojas, encargado de la columna de ciencia y tecnología. Entre ellos dos se hacían compañía, sentados alrededor de un mismo escritorio. Fumando. Metidos en sus propios asuntos. Coqueteos discretos. Lecturas de horóscopo chino.

Cohen se pasó una mano por el cuello, duro como piedra. Había esperado toda la tarde por noticias de Rossi. Quería completar su crónica con algunos apuntes del informe tanatológico, pero al fin decidió hacer trampa y rellenar varios párrafos con

presunciones sobre el caso. También puso lo que el detective le había informado en el restaurante. Habló de nuevas citaciones de reconocimiento del cadáver. Mencionó algo de notificar a las policías de otros países para que revisen en sus registros. Fue imprudente y viscoso. Escribió: «Se teme que el asesinato sea obra de un psicópata». Lo pensó otra vez. «Psicópata» ya era todo un adjetivo. No una categoría. No una tipología criminal. Lo pensó una vez más antes de poner el punto final. Lo firmó. Revisó la ortografía y lo entregó justo después de la hora. Más tarde, regresó a su escritorio y después de perder toda esperanza en que Rossi lo llamara, comenzó su propia indagatoria en el registro en línea de la Brigada de Ubicación de Personas de la policía. A su lado, Hasbún había dejado tirada una cajetilla de cigarrillos mientras iba a buscar dos cafés.

Jazmín Evelyn Rojas Astudillo. 17 años. Soltera. Piercing en la nariz —aleta derecha—, en la lengua y en el ombligo. Desaparecida hace siete meses.

La muchacha se veía agotada. Los ojos oscuros. El cabello casi se le juntaba con las cejas. Tenía un raro sarpullido muy cerca de los labios. Cohen sabía que algunas chiquillas se ponían aros en la lengua para mejorar su sexo oral.

Descartada

Pasó a otra ficha.

Hasbún venía de regreso con los dos cafés. Una mueca adolorida. Dejó los vasitos sobre el escritorio y se sentó a su lado, sacudiendo los dedos.

—¿Alguna novedad?

—No.

—¿De verdad crees que sirva para algo?

—No tengo idea.

Hasbún husmeó sobre el escritorio. Tomó un lápiz y lo usó para revolver su café. Lo chupó y lo dejó dentro de un tazón plástico que Cohen usaba para guardar, precisamente, lápices.

—¿Y entonces por qué lo estás haciendo?

Cohen se encogió de hombros. Descartó a otra mujer y pasó a la siguiente.

Amelia Mercedes López Sánchez. 31 años. Casada. Tatuaje con forma de mariposa en el omóplato derecho. Desaparecida hace dos años y medio.

Descartada.

Hasbún hizo ruido al sorber su café. También al tragar.

—¿Es ella?

—No.

—Dos años desaparecida... es mucho tiempo.

—Sí.

—¿Alguien la seguirá buscando?

—La familia.

—Obvio, pero ¿alguien más?

—La policía.

—¿Tú crees?

—Lo supongo.

Hasbún dejó el café a un lado y apoyó sus manos en las rodillas. Se quedó haciendo memoria. Rumiano una idea.

—¿Y si es eso lo que quieren? —dijo de repente.

—¿Qué cosa?

—¿Si quieren desaparecer?

—Tiendo a creer que esto excede el tema de la voluntad.

—Pero, ¿te imaginas?

Cohen no respondió. Pasó a la siguiente mujer. Tuvo que saltar a dos abuelos y un niño para llegar a ella. Alcanzó su café y le dio un sorbo mientras examinaba la ficha en pantalla.

—Es bonita —dijo Hasbún.

—Sí.

—¿Cierto?

—Pero no es ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la estatura y el color de pelo. El cadáver que vi, creo que era una mujer más baja que un metro setenta, y era rubia. ¿Teñida o no?, eso no lo tengo claro.

—Sí, me lo dijiste.

Descartada.

Se quedaron en silencio. El rumor incesante de los otros dos periodistas, más allá. Noche y ruido de vehículos al otro lado de las ventanas. Cohen pasó la ficha de un hombre con retraso mental y llegó a la última mujer del registro.

Jennifer Carolina Jara Sáez. 23 años. Soltera. Pelo negro decolorado. Sometida a tratamiento por depresión. Desaparecida hace dos semanas.

Hasbún le dio un manotazo en el brazo. Cohen asintió. Estudió la imagen. Intentó hacer una borrosa comparación. Captó un lejano parecido con el cuerpo del muelle. Pero Jennifer se veía más delgada, mucho más débil y frágil. La piel más blanca. En sus ojos solo se adivinaba una melancolía fresca y al borde de la luz.

Cohen tomó la cajetilla de cigarrillos de Hasbún y sacó uno. Comenzó a darle golpecitos por el filtro contra su puño para apretar el tabaco.

—¿Qué tienes? —preguntó Hasbún.

—Nada.

—¿Y porqué esa cara?

—Es la única que tengo.

Continuó apretando el tabaco. Hasbún terminó su café y luego de botar el vasito se quedó mirando el cigarrillo con una expresión ensimismada.

—Recuerdo el caso de unos compañeros, cuando yo estaba en el colegio... —empezó a decir—. Estos niños eran normales, pero un poco amanerados.

Cohen le pegó un vistazo.

—Mariquitas.

—Algo parecido. A veces les pegábamos y los poníamos de punto fijo para el hueveo. Pero no era más que eso. Todo por hueviar.

—No te veo pegándole a otra persona.

—En ese tiempo yo era un cabro chico, pero ya tenía este porte.

—Ah, eso es diferente.

Hasbún asintió, muy seguro.

—Un día, esos dos comenzaron a faltar a clases. Pasaron dos semanas sin que ninguno de nosotros los extrañara particularmente. Para mí no eran más que eso, en verdad, dos niños en un grupo de treinta cinco. Al poco tiempo nuestro profesor jefe nos contó que estos cabros se habían ido de sus casas, que las familias los estaban buscando. Imagina el hueveo: niños que desaparecen de sus casas, octavo básico, colegio católico.

Cohen pensó en una pequeña gran cagada embetunada con hipocresía escolar.

—¿No me digas que los encontraron muertos?

—No. Se dijo que los habían raptado, eso sí, pero una semana más tarde aparecieron. Nunca supe cuál era la verdad,

pero entre mis compañeros se rumoreaba que habían estado durmiendo en el departamento de un maricón cerca de calle Uruguay. Alguien dijo eso. Quién sabe si era cierto y, si lo era, quién sabe qué cresta hacían allí. Jamás los volví a ver y ellos nunca regresaron al colegio.

Hasbún miró la pantalla. El resplandor en el rostro. Cohen se quedó esperando algo más.

—¿Y?

—Esa es la historia.

—Los cambiaron de colegio.

—Supongo. Me acuerdo de eso no más.

—Ya es raro que todavía te acuerdes.

—Es que en ese tiempo, ese tipo de cosas todavía dejaban la zorra.

—Verdad.

—Y a propósito de todo esto...

Cohen dijo que lo entendía. Sonrió y devolvió el cigarrillo a la cajetilla y la lanzó a su compañero.

—Ándate a tu casa. Ya está bueno por hoy.

Hasbún estuvo de acuerdo. Se incorporó y comenzó a ponerse su chaqueta. Mientras se acomodaba el cuello de la solapa se quejó de que lo único que deseaba era dormir tres días seguidos. Luego se estrecharon la mano. Cohen confirmó su agradecimiento con la mirada. Observó el movimiento ligero pero cadencioso de Hasbún alejándose, esquivando escritorios, despidiéndose de Sergio Rojas y Teresa. Se refregó los ojos. Se bebió todo el resto del café de una sola vez. Esperó reunir fuerzas para incorporarse. Mientras lo lograba se quedó con Jennifer. Ella seguía allí, sonriendo apenas. Cohen revisó su ficha de identificación.